

LOS PAPAS, CAMPEONES DE LA LIBERTAD

Tanto la radio como los periódicos nos han suministrado y nos suministran en la hora presente pruebas constantes de las súplicas que el Papa Pío XII dirige desde Roma en favor de los muchos que han sufrido opresión y esclavitud en diversas naciones del globo. Sin cesar ha levantado su voz suplicante en favor de los judíos. Ha demostrado especial simpatía hacia el pueblo protestante y sus ministros que se vieron privados en Alemania y en Austria de una gran parte, por no decir de toda su libertad religiosa. Durante años protestó el Papa contra el vasallaje civil y religioso de Rusia y de Méjico. Desde hace 1900 años han sido los Papas los campeones tradicionales de la libertad a través del mundo entero. Y muchos de ellos sufrieron el martirio. Y ahí está su sangre como un testimonio de la defensa que de la libertad hicieron en todos los ramos de la vida humana. Libertad religiosa y civil, intelectual, política y social.

El hombre fué creado por un Dios Omnipotente, que le revistió del don de la libre voluntad. Esa libertad constituye una preciosa herencia que no debe ser cercenada. Y mientras los Papas ocupen la silla de Pedro en Roma, se alzará su voz de protesta contra todo el que atente, sea quien fuere y donde fuere y cuando fuere, contra ese derecho, que es don divino, que tiene el hombre a su libertad. Y esa voz no ha titubeado nunca ante ningún poderoso de la tierra.

Así, hace 137 años tuvo lugar en los Estados Unidos uno de los primeros matrimonios internacionales de personajes importantes. Fué en 1803 cuando el Arzobispo Carrol de Baltimore ofició en el matrimonio de Jerónimo Bonaparte, joven de 18 años y el menor de los hermanos de Na-

poleón Bonaparte. Era la novia una joven de 17 años, Betsey Patterson, hija del acomodado Patterson de Baltimore. Napoleón, en guerra entonces con el mundo entero, necesitaba que sus hermanos ocupasen los tronos de Europa para consolidar así sus preponderantes triunfos militares. El joven Jerónimo estaba convertido en derrochador y Napoleón, para poner freno a sus extravagancias, lo había alejado de Francia en un buque de guerra. Fué por eso que Betsey Patterson y Jerónimo Bonaparte llegaron a encontrarse por primera vez en la pista de Pimlico en Baltimore cuando el caballo de los Patterson salía triunfador en la carrera. Los jóvenes se vieron y se quisieron rápidamente. El padre de Betsey protestó y por un tiempo alejó a su hija del lugar enviándola a Virginia. Pero al fin cedió y el matrimonio se organizó con las debidas licencias eclesiásticas. La ceremonia de aquella unión válida, legítima, legal, indisoluble hasta la muerte, se llevó a cabo en medio del mayor esplendor, oficiando en ella el Arzobispo de Baltimore. La joven pareja partió en viaje de novios a bordo de un buque de guerra francés, donde les tocó experimentar emociones no corrientes. En efecto, fueron atacados y perseguidos por una flota inglesa. Tuvieron que pasar varios meses en el mar, donde sufrieron repetidas tempestades y se vieron siempre perseguidos por buques enemigos. Al fin lograron llegar a Lisboa, a bordo de un barco yanqui, llamado el Erin y bajo la bandera de los Estados Unidos. El gobierno francés estaba sobre aviso. Jerónimo Bonaparte fué hecho preso y su joven esposa no obtuvo permiso para desembarcar en Lisboa. Antes bien, fué reembarcada a Rotterdam. Los jóvenes desposados no debían volver a verse más nunca.

Jerónimo le escribió innumerables cartas

a Betsey, llenas todas del más ardiente amor. Ella poco después se dirigió a Inglaterra donde fué recibida por Sir William Pitt, en Dover, como lo exigía su rango. En Camberwell, Inglaterra, nació su hijo, al que llamó Bo, por Bonaparte, quien entonces mandaba sobre la mayor parte del mundo.

Pero Napoleón, apenas conocedor del matrimonio realizado, enfurecido, obliga al gobierno francés a lanzar un decreto imperial, el 21 de Marzo de 1805, anulando el matrimonio. Una vez lanzado este decreto de acción civil, no titubea Napoleón y envía una carta al Papa Pío VII, exigiéndole para aquel legítimo matrimonio una declaración de nulidad e invalidez. Más aun, mientras esta carta iba y venía la respuesta del Papa, hace Napoleón llegar a manos de éste, en son de cohecho, una tiara de diamantes. La respuesta del Sumo Pontífice no se hizo esperar. Tiene la fecha del 27 de Junio de 1805 y dice que él no puede anular tal matrimonio. Y que nunca lo anulará.

Después de la caída del Imperio y del eclipse de Napoleón, tanto Betsey Pateerson Bonaparte como su hijo fueron admitidos como miembros de familia por los Bonaparte. Más tarde regresó Betsey a Baltimore donde se radicó entre las calles Cathedral y Michmond. Murió en 1881 a la edad de 95 años. Su hijo murió en 1870. El fué el padre del famoso abogado Carlos J. Bonaparte, quien fué además miembro del gabinete y procurador general de los Estados Unidos bajo el gobierno de Theodore Roosevelt.

Hubo otra ocasión en la que el Papa Pío VII tuvo que enfrentarse ante otro conflicto con el Emperador francés. En efecto, con toda Europa a sus pies, con los gobiernos estremecidos por el terror de la amenaza de un futuro no seguro, quedaba en el mundo como única fuerza capaz de resistir las tácticas impías de Napoleón, el anciano Pontífice de Roma, el Papa Pío VII. Y Napoleón, intoxicado por el éxito, unido a Josefina por un matrimonio ilegítimo, pide al Papa que se traslade a París a coronarlo. Pero el Santo Padre se niega a su deseo mientras ese matrimonio con Josefina no esté legalizado con la bendición de la Iglesia. Y el matrimonio fué legalizado. Pero una vez realizado este matrimonio, se consa Napoleón de Josefina y porque necesita un heredero dirige sus miradas hacia María Luisa de Austria. Pero este nuevo matrimonio no podía realizarse a menos que

se disolviese el anterior matrimonio contraído con Josefina. Y Napoleón desvergonzadamente exige al Papa que le conceda la anulación de ese matrimonio. Ante la Iglesia, por supuesto, el divorcio es imposible. Así, cada petición de Napoleón logró tan sólo la misma repuesta adamantina: **"Lo que Dios ha unido no lo puede desatar el hombre"**.

Napoleón envió sus tropas a Roma. Se apoderó de los Estados Pontificios, y rebajó al Papa a una condición tal que él mismo lo calificó de mero Capellán del Emperador francés. Redujo a prisión a aquel anciano Papa, el cual, débil y enfermo, fué arrojado en un tosco carró hasta Savona y más tarde hasta Fontainebleau, donde se vió sometido hasta 1814 a privaciones increíbles. Pero Napoleón con todo esto echó al olvido un adagio francés lleno de fuerza y de expresión: **"Quien come Papa, revienta"**.

Apenas habían transcurrido pocos meses de la libertad del Papa y ya Napoleón había firmado la abdicación de su Imperio. Y la había firmado en la misma sala donde tan ignominiosamente había vejado al Vicario de Cristo.

Innecesario nos parece repetir a estas horas el hecho tantas veces comprobado de que la Iglesia ni hoy ni en el pasado jamás se opuso, ni se opondrá jamás en el futuro a los derechos legítimos de un gobierno civil. El Dios Todopoderoso estableció la custodia de la raza humana entre dos poderes: el eclesiástico y el civil. El uno, para los asuntos sagrados. Para las cosas humanas, el otro. Y cada uno en su esfera es supremo. Tiene cada uno sus límites fijos dentro de los cuales se encierra. Límites que están definidos por la incumbencia que la naturaleza misma de las cosas le fija a cada uno.

Fué en el siglo once cuando llegó a su cumbre la lucha entre la autoridad imperial y el Papado. El Papa de esos días fué Gregorio VII, conocido ordinariamente entre los historiadores por su nombre de familia Hildebrando. El objetivo principal de este Papa fué la libertad absoluta para la Iglesia en la elección de sus pastores. Elección sin control del Estado. Porque la Iglesia y el Estado deben de actuar con separación absoluta.

Más de una autoridad convencida le echaca al Emperador germano Enrique IV uno de los crímenes más ignominiosos que conoce la historia. Tal fué el apoderarse del

Santo Padre en el momento en que celebraba la Misa de Navidad de medianoche, y arrastrándolo por los cabellos, conducirlo a un calabozo en medio de una chusma infame que callaba el acto con sus alaridos. Burlas y escarnios sufrió el venerable anciano durante horas en aquella prisión, hasta que el pueblo de Roma, reaccionando en masa contra aquel ultraje, libertó a su Pontífice. Y el Pontífice perdonó en el acto a los criminales y, con su acostumbrada magnanimidad, les sirvió de escudo contra la justificable ira de la población. Luego, conducido de nuevo a la iglesia por una multitud entusiasmada que lo aclamaba, terminó, cuando comenzaba a aclarar el día, el Santo Sacrificio interrumpido unas horas antes.

Este hecho tuvo por consecuencia la excomunión de Enrique IV y la dispensa para todos los Cristianos del voto de obediencia que a él como rey le debían. Como un fogonazo repercutió este anatema en toda Europa aterrada. Excomunión quiere decir exclusión de la comunión de la Iglesia. En ese tiempo era eso algo así como el ser arrojado de la humana sociedad. Pronto se encontró el rey abandonado de todos. Además, mientras ese anatema existiese, imposible le había de ser el desempeñar sus deberes de gobernante. Comprendió pronto el Emperador la urgente necesidad en que se hallaba de lograr un acuerdo con Gregorio VII.

En la ciudad de Canosa, se llevó a cabo "la lucha" entre el Imperio y el Papado. Arriba, en los helados Alpes, allí tenía por el momento su residencia el Papa. Y el Emperador, vestido de penitencia, temblando de frío, corrió repetidas veces, de un lado para otro, del rancho donde él se alojaba al palacio donde residió el Papa, haciendo protestas de su arrepentimiento, pidiendo contrito perdón y ofreciendo garantizar la libertad absoluta de la Iglesia...

Entonces el Papa, fiel a su tradicional clemencia, vencido por la perseverancia del humillado Emperador y por los ruegos de todos los que por él se interesaban, levantó los grillos del anatema del contrito monarca.

En el siglo diez y nueve, Bismarck, aclamado como el más poderoso gobernante de su tiempo, se dió también a la misma tarea en la cual había fracasado otro más poderoso que él.

En efecto, hace unos setenta años, siendo Bismarck dueño absoluto del poder en

Alemania, hizo pasar el gobierno prusiano ciertas leyes destinadas a garantizarle al Estado un derecho de intervención y de control en la mayoría de los asuntos puramente eclesiásticos de los miembros de la Iglesia Católica en aquel país. que veía aumentar el número de sus miembros católicos cada día con creciente rapidez. Se afanaba Bismarck por crear una Iglesia nacional, independiente de Roma y totalmente subordinada al Estado. Destruída debía quedar con ello para siempre la libertad religiosa en Alemania.

¿No caería en la cuenta Bismarck de que con semejante empeño estaba reviviendo en su tierra las antiguas luchas que justamente por la jurisdicción existieran entre el Estado y la Iglesia en Alemania?... Con toda sangre fría se lanzó Bismarck a esa lucha, resuelto, eso sí (y son éstas sus propias palabras) "a no ir a Canosa", como fuere el Emperador germano, Enrique IV, ochocientos años antes.

Sin embargo, tras breves años, el altivo Bismarck se dió cuenta de su derrota. Puso fin a su persecución a la Iglesia y metafóricamente sí fué a Canosa el Canciller de Hierro. Y una vez más se pudo en Alemania respirar el aire puro de la libertad religiosa.

Esta victoria de Roma se le debe a un gran estadista, el Papa León XIII. Desde seguir una reconciliación entre el Papado y los modernos Estados. Y para ello, en una serie de admirables encíclicas, entre las cuales se destacan notablemente **La Libertad Humana** y **La Constitución Cristiana del Estado**, perfila un auténtico programa de acción cooperativa entre el Estado y la Iglesia. Constituyó además la sabiduría en apoyo de su trono pontifical. Y ese trono se esforzó por hacerlo cada día más fuerte. No para él sino para que su gobierno en sí mismo fuese fuerte.

Ojalá que hubiese podido Hitler aprender algo de las lecciones que le dejaron sus tiránicos predecesores, Enrique IV y Bismarck. Más no; él también se lanzó contra la paciente Roca de Pedro en la cual Cristo erigió su imperecedera Iglesia. Los hielos de Canosa han hecho siempre tiritar de frío a todo aquél que tales cosas hiciere.

Fiel al ejemplo de sus ilustres predecesores, el actual Santo Padre, Pío XII, lanza en los comienzos de su pontificado una encíclica notable dirigida al mundo entero. Dotado como está de una facultad retórica que dista en mucho de lo corriente, profiere ver-

dades antiguas, pero con expresiones tan aptas y tan bellas que hace resonar nuestros oídos con la majestuosa cadencia de sus rítmicas sentencias. Enuncia los verdaderos principios para una paz verdadera. Paz basada en una libertad perfecta entre los individuos, las sociedades y los gobiernos. Le advierte a la humanidad que es porque el hombre ignora a Dios que la humanidad se ve de nuevo azotada por la guerra.

Existe un asombroso paralelo entre ese lenguaje del Papa y nuestra propia inmortal Declaración de Independencia. Y hoy que tener en cuenta que, según la apreciación de sagaces observadores, la Declaración de la Independencia es una interpretación de nuestras apreciadas libertades americanas mucho más fiel que la Constitución, por más que este noble documento sea apreciado por nosotros.

Consideremos este párrafo segundo de la Declaración de la Independencia, el cual dice así: "Mantenemos estas verdades como evidentes por sí mismas: Que todos los hombres fueron creados iguales: Que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos que son inalienables. Que entre esos derechos está la vida, la libertad y el derecho a la búsqueda de la felicidad. Y para resguardar esos derechos los gobiernos fueron instituidos entre los hombres, derivando su justo poder de la anuencia de los

gobernados".

Es éste un párrafo de una formidable importancia porque él es la cédula auténtica y el fundamento de nuestra libertad americana. Sabían nuestros antepasados que la democracia es una doctrina de importancia suma para el régimen americano. Pero sabían también que existen ciertas verdades sobre las relaciones del hombre con Dios y su gobierno que son mucho más esenciales que el mero nombre y las formas exteriores de la democracia.

Por eso la grandiosa encíclica de Pío XII encierra una semejanza estrecha con nuestra sonora Declaración de Independencia. Encontramos en ambos documentos un arsenal completo de hechos y de argumentos que muestran el origen, el fin y el límite de los gobiernos. Lanzó el Papa sus declaraciones en una hora funesta para el mundo. Hora en la que todos los gobiernos parecían resueltos a privar a los pueblos de esas libertades dadas por Dios a los pueblos. Resueltos a convertir los gobiernos en señores de los pueblos en vez de ser los pueblos los señores de los gobiernos, como fué la intención que tuvo Dios al crearlos a los unos y a los otros. Y como lo proclama de manera tan majestuosa nuestra Declaración de Independencia.

Tomás F. Cockley.
(Trad. de Pativilca).

